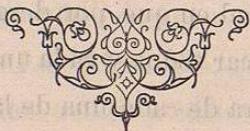


la de la comida. Pero si esto pasaba en todas partes, en la visita pastoral era más notable. Allí el pobre y el rico, el joven y el anciano, acudían, aunque tan sólo fuera para besarle la mano, y el Prelado, lleno de bondad, á todos recibía, y tenía el secreto de que todos se retirasen contentos y consolados.



CAPÍTULO XV

EL ILLMO. SR. SOLLANO Y EL CLERO.

CONOCÍA perfectamente el Illmo. Sr. Sollano que para la conservación del inmenso bien que merced á sus constantes esfuerzos se producía en su grey, nada era más importante como la santidad y el celo que animase á sus cooperadores en el apostolado, y por este motivo dirigió sus miradas, y encaminó sus trabajos desde el principio de su episcopado, á moralizar é ilustrar á su clero.

Los ejercicios espirituales los juzgó como una de las primeras y más útiles prácticas que debían servir para despertar á los dormidos y para inflamar los corazones de los que ya trabajaban con celo apostólico. Conocía bien los inmensos peligros que constantemente rodean al sacerdote, y de este conocimiento sacaba, como consecuencia ineludible, la imperiosa necesidad que tiene de apartarse de tiempo en

puesta la otra por él, como en el sepulcro del Sr. Gómez, cura que fué de Dolores.*

Su mesa y su casa toda siempre estuvieron dispuestas para sentar y alojar á los sacerdotes, y aquel Prelado nunca estaba más contento y satisfecho como cuando se veía rodeado de sus hermanos en el apostolado. Su palacio de León fué siempre no sólo el hospedaje de todos los clérigos de su diócesi que por algún negocio iban á la ciudad, y que en ella carecían de casa, sino que igualmente lo fué siempre de cuantos sacerdotes de otro Obispado iban allí, ya por negocio, ó ya únicamente por solazarse. Bastaba que un sacerdote se presentase ante él para que desde luego procurase inquirir qué lugar le servía de alojamiento, y si de estas inquisiciones resultaba que había tomado habitación en algún hotel, inmediatamente lo invitaba para que se trasladase á su casa, y de más de una vez nos consta que envió inmediatamente á alguno de sus familiares para que hiciesen trasladar el equipaje, y además pagasen por cuenta del Prelado los gastos que allí hubiera hecho el sacerdote.

Con el objeto de que los sacerdotes de su diócesi no olvidasen los conocimientos científicos que habían adquirido en su carrera, y pudiesen con todo acierto ejercer su ministerio en favor de las almas, estableció con toda oportunidad las conferencias, y para animarlos á concurrir á ellas, además de sus continuos mandatos, siempre las presidía en el lugar en donde se encontraba.

* Véase el documento núm. 32.

Con los culpables fué siempre muy misericordioso, y cuando procuraba su corrección, en cumplimiento del deber que tenía, lo hacía de tal modo, que casi siempre daba por resultado el remedio de la falta, y se añadía la conquista del amor del culpable. Si alguna vez, á causa de su carácter violento, en el que se hacían notar la mezcla de los temperamentos nervioso y sanguíneo, daba alguna reprehensión dura, y que después juzgaba que había podido herir y hacer sufrir al culpable, innumerables ocasiones lo vimos con las palabras más humildes pedir perdón á quien creía haber disgustado ú ofendido.

Para el arreglo de los negocios más graves de su diócesi, reunió en dos ocasiones á su clero para tener una especie de Sínodo que, si bien no tuvo todas las solemnidades externas de los verdaderos "Sínodos diocesanos," que sin duda hubieran causado la alarma del Gobierno y provocado hasta su intervención para disolver la asamblea, á causa de la persecución de que en aquella época era víctima la Iglesia Mexicana; en cambio, ajustándolo en lo substancial á todo lo que enseña el Sr. Benedicto XIV en su obra sobre la materia, fueron de notoria importancia, dando los mejores resultados para la disciplina de la Iglesia de León. Estos Sínodos se verificaron en 1864 y 1872.



tiempo del ministerio activo para dedicar algunos días á la oración, á la meditación y á otras prácticas piadosas que, santificando su alma, en seguida lo pongan provisto de armas con que defenderse.

En Mayo del año de 1864 convocó la primera tanda de ejercicios espirituales del venerable clero, tanda que él mismo dirigió. En los años sucesivos de su Episcopado, año por año, en los meses de Mayo y de Noviembre, volvía á reunir á su clero, dirigiendo personalmente todas las tandas de esos ejercicios él mismo, hasta la de Noviembre de 1880. Todo el bien que tan repetidos y frecuentes ejercicios espirituales produjeron, se vió palpable en el fruto tan copioso que en las parroquias y en todo el distrito de la diócesis alcanzaron aquellos fieles sacerdotes que los tomaban. El mismo Illmo. Sr. Sollano, dando cuenta á Roma del fruto de los ejercicios que daba al clero, escribía: "*Nuperrime datae sunt annuè personaliter duæ spiritualium exercitiorum collationes in quibus fere dimidia pars venerabilis Cleri huic Diæcesis convenit: ex hac frequentia talium conventum clericorum provenit quod illæ occultissimæ maculae, quibus tantopere Deus offenditur a suis ministris ad nostram cognitionem deveniant.*"

En los ejercicios espirituales, que duraban siempre nueve días, aquel celosísimo y santo Pastor no se limitaba á que fueran fructuosos por su predicación, que llena de la sabiduría divina y de dulce unción conmovía á los corazones sacerdotales de que estaba rodeado, sino que, ocupándose de la misma comodidad corporal de sus hermanos, con

toda largueza y de su propio peculio cuidaba de que estuviesen atendidas todas sus necesidades. Los gastos que originaban las tandas en aquellos días eran efectuados por cuenta del Prelado, y los sacerdotes que acudían á los ejercicios no tenían que hacer ningún desembolso, pues la generosidad del Pastor de los pastores de aquella diócesis acudía ampliamente para proveer á todas sus necesidades espirituales y corporales.

Apenas acababa de llegar á su diócesis, y luego su segunda Carta Pastoral, que lleva fecha de 20 de Mayo de 1864, la consagró á su venerable clero animándolo á la virtud, recordándole sus santos deberes y excitando su celo por el bien de las almas que estaban confiadas á su cuidado pastoral.

Si enfermaba algún sacerdote en el lugar en donde se encontraba ó residía el Illmo. Sr. Sollano, las visitas que le hacía eran frecuentísimas; atendía á que ninguna de las cosas que pudieran consolarlo le faltasen, y su bolsa, que de ordinario estaba muy abierta para socorrer cualquiera necesidad, parecía que más se ampliaba cuando se trataba de atender á cubrir las del sacerdote. Si era necesario administrales los postreros sacramentos, él mismo se complacía en prestarles tan importante servicio, y si al fin llegaba la muerte á visitarlos llevándolos á mejor vida, costeaba todos los gastos de la sepultura y del funeral, y aun muchas ocasiones, personalmente lo vimos, llorando acompañaba sus despojos mortales hasta dejarlos descansando en la última morada. Después de la muerte, la losa y la inscripción que cubría sus tumbas, fueron costeada la una y com-